

ta ya de otra, que las seguian de buena fe, buscan su decision y sus consejos, persuadidos de que un varon tan virtuoso no podia ménos de acertar en lo que dijera; y escuchaban su predicacion con singular reverencia.

Los malvados, que pretendian sembrar la discordia en la Iglesia para mejor aniquilarla, quedan confundidos, porque ya nadie oye ni sigue mas opinion que la de san Antonio. Entra la emulacion de imitarle, y principian las montañas á poblarse de ermitaños, que despues de purificarse con penitencias salen á secundar los esfuerzos de su maestro, convirtiendo gentiles y seduciendo al gremio de la Iglesia á aquellas ovejas descarriadas por los malos pastores que profesaban el arrianismo.

Los servicios que hizo entónces á la Iglesia le dieron una fama universal; y pronto se vió acudir á él una infinidad de extranjeros, que se hicieron sus discípulos, y contribuyeron á poblar las soledades de las montañas de África de piadosos cenobitas. San Antonio lleno de gracia, y siempre vencedor de los demonios, hacia milagros; profetizaba y evocaba los malos espíritus con sus exhortaciones; y él solo era escuchado por todos en las disputas religiosas, que entónces se desarrollaron con los *donatistas*, *circumceliones*, *arrianos* y otras sectas que fueron condenadas en los concilios de Roma, Arles y de Nicea.

Á pesar de su amor al retiro, á pesar de que su tranquilidad y sus goces estaban en la práctica de la vida contemplativa, desistió de retirarse á solicitud de sus discípulos, que le encarecian la utilidad de su presencia venerable, no solo á los cristianos, sino á los herejes y paganos. En las agitaciones de Alejandría, donde facciones religiosas mandaban alternativamente, y donde muchos cristianos eran martirizados por su ortodoxia en la fe de Jesucristo, san Antonio á los ciento cuatro años de edad, imponiendo respeto con la fama de sus virtudes, se presentaba cual un ángel consolador á los cristianos afligidos, y les confortaba en la fe á la vista de sus mismos perseguidores. Estos, persuadidos de su milagroso poder, temian atraer su ira, y no se oponian á los piadosos oficios que con acendrada caridad prodigaba á los que los necesitaban, ya para confortarlos en la fe, ya para abrirles á ella sus cerrados ojos.

El emperador romano Constantino, que fué el primero que prestó un apoyo decidido á la Religion cristiana, le oyó tam-

bien cuando fascinado por los prelados heresiaricos que le rodeaban, favoreció por cierto tiempo la secta arriana, principio y origen de la division de la iglesia protestante griega de la romana.

A la voz y fama de san Antonio, que llegó á escucharse con respeto hasta en los palacios de los césares, debió la Iglesia sus mas señalados triunfos en aquella época, porque no fueron debidos á la guerra entónces mezclada en los asuntos eclesiásticos, sino á su virtud y al espíritu evangélico que habia penetrado en su corazon.

Sí, católicos, así como Jesus durmiendo en la nave con los apóstoles se levantó á su ruego, y tendiendo su mano aplana las encrespadas olas y las hace venir sumisas á sus piés, arrumbando el bajel que se iba á sumergir, así san Antonio saliendo del desierto á ruego de los fieles turbados por las herejías, se presenta en medio de los tumultos y atrae á la paz los ánimos agitados, enseñándoles que no se ama á Dios mas que amándonos unos á otros.

Concluidas estas penosas tareas, llevando con placer divino estos trabajos en medio de su edad centenaria, vivió este santo varon teniendo presentes las palabras del Evangelio que he puesto por texto de mi discurso: *Beati illi qui cum venerit Dominus invenerit vigilantes*. Bienaventurados aquellos que cuando viniere su Señor fueren encontrados vigilantes; y consiguió morir acompañado de espíritus celestiales, que presentaron en el cielo como digno habitante su precioso espíritu.

En la corta reseña que os he hecho de las acciones de la vida de san Antonio ¿no descubris el alma grande y llena de sabiduría de un escogido del Señor? ¿No veis en ellas una gloria mas pura que la que buscan con solícito afan esos hombres turbulentos, que viven de la guerra, y la provocan causando graves aflicciones á la Iglesia y á los cristianos, que llenos de caridad sienten los males de los hombres porque los aman?

Pero no pararon en su muerte corporal ni en el principio de su vida eterna los beneficios que ha prestado á los hombres san Antonio. Muerto en el dia diez y siete de enero del año trescientos cincuenta y seis, quince siglos se van á cumplir, y no ha cesado de hacer beneficios á los que le invocan y siguen las huellas de su virtud.

Sin ir léjos de este sitio os demostraré esta verdad: ¿veis

esta concurrencia al rededor del altar de san Antonio, en la que vienen muchos á ofrecer á la vista de su imágen los bienes que constituyen su hacienda, esperanzados de que les serán conservados por su intercesion? Pues esto no es el suceso de este año solo: es la tradicion constante de muchos siglos, traída de generacion en generacion, para dar un testimonio de los beneficios que han recibido siempre los hombres por la intercesion de san Antonio.

Habréis visto á los hombres perder con el tiempo ciertas costumbres, y reformarlas segun las necesidades y adelantos que se hacen diariamente: alguna vez la mano impía de algunos malos cristianos ha llevado su audacia á tocar hasta algunas tradiciones religiosas, prevalida de ciertas circunstancias; pero no ha hecho mella en la costumbre de los fieles respecto á la festividad de san Antonio.

¿Cuál es la razon de esta universal aclamacion con que en el dia de hoy honra la cristiandad á san Antonio? Son los beneficios recibidos por su intercesion. Esto consiste en que infelices afligidos de un mal pestilencial han acudido á su altar, le han invocado, y han sanado de sus dolencias: que un labrador viendo perecer sus ganados, causa de su riqueza, ha obtenido su conservacion por intercesion de san Antonio; y que estos sucesos se han repetido con frecuencia conservando esa tradicion gloriosa para sus virtudes, que le acerca mucho al lado del eterno Padre.

Si al presente no se perciben estos beneficios ni se publican, no es porque no existen: no es porque san Antonio haya cesado de implorar por los que le invocan, ó el Señor no atienda á sus ruegos por nosotros: la razon es bien clara: los que consiguen estos beneficios son buenos cristianos, son hombres que viven vigilantes, esperando el dia en que la muerte les traiga á la presencia de su Señor: ¿y estos abundan mucho? ¿Se encuentran estos cristianos llenos de recogimiento y despreciadores de la riqueza, como san Antonio, entre los que concurren al pié de sus altares? Y si hay algunos, y estos consiguen algun beneficio, ¿son de esos vocingleros, que revisitando sus vicios del exterior de la virtud ostentan sus supuestas galas?

Bien conocéis que no; y en estas circunstancias hallaréis la explicacion de que en estos tiempos de poca fe anden, los que

la tienen, como desechados de los demas, con grave mengua de las buenas costumbres, y con descrédito de la Religion: de esa Religion divina que formó el tipo de virtud que vemos en san Antonio, y cuyos beneficios solo percibe el hombre, cuando ve que ella solo es el consuelo que le queda en sus aflicciones.

¿Por qué los que gozamos del beneficio de saborear la buena lectura de los Libros santos, y de conocer á fondo las bellezas de la Religion, abandonamos este terreno fértil y fecundo de eternos bienes, y nos vamos tras vanas sombras que no nos producen mas que desengaños? ¿Por qué nos quejamos de las maldades del mundo, proclamamos y ponderamos la felicidad de aquel que vive léjos de ellas, si despues nos dormimos entre sus halagos sin temor de que llegue nuestro Dios y nos despierte con un castigo eterno?

Si continuamos cada dia conociendo mejor nuestros vicios y las virtudes, y cada dia seguimos tras los unos abandonando las otras, no imitaremos ni seguiremos las huellas de san Antonio, que desde el momento que adoptó el consejo del Evangelio, que fué á los veinte años de su edad, estuvo vigilando la venida del Señor por espacio de ochenta y cinco años; siendo cada vez mas solícito en huir los halagos del mundo, á la manera del diestro y viejo capitan, que conociendo las cualidades de su enemigo, no descansa, y vigila todos los pasos por donde puede ser acometido.

¿No esperais despiertos, y aun llegais á perder el sueño por acudir puntuales á esos negocios mundanos de diversos géneros, que no pueden traer sobre vosotros mas que la esclavitud del pecado, y los castigos de una eterna condenacion? Pues considerad que de todos los negocios que pueden ocupar al hombre ninguno hay para él tan interesante como el de su salvacion: porque á su lado, los demas no son nada mas que humo que se lleva el viento. La récompensa que ellos ofrecen ¿á qué se reduce? Á un momento de embriaguez, que ni merece el nombre de placer, segun lo acompañado que está de sinsabores.

Y no obstante persistimos y persistiremos en seguir dormidos sin temor de que llegue el Señor, y seamos castigados eternamente; Oh ceguedad humana! ¡Oh condicion mala del hombre, que teniendo limpias fuentes donde apagar su sed de ver-

daderos goces, acude á las turbias y revueltas, donde no hay mas que podredumbre y corrupcion!

Bien pudierais, divino san Antonio, hacer que esta ceguera cesara y se consiguiera el mas grande milagro que pudiera ejecutarse por vuestra intercesion, haciendo que los fieles que me escuchan, movidos del ejemplo de vuestras virtudes, se inclinassen á ser como fuisteis en la tierra: buen cristiano, amante de Dios y ansioso de complacerle, desprendido de los bienes terrenos y codicioso de los celestes, despreciador de las riquezas y caritativo con los necesitados; vuestros afanes se dirigieron siempre á que al llegar el trance fatal, en que todas las pompas mundanas quedan reducidas á la cavidad corta de un sepulcro, cuya árida tierra ni aún suele ser regada con la lágrima de un amigo, nuestro Señor os encontrase vigilante, y os introdujese á su mesa para disfrutar de las incomparables delicias de una eterna felicidad. Solo falta á vuestra gloria la satisfaccion de un deseo, que por sí es un goce tambien, y este es que te imitemos y seamos participantes de lo que disfrutas.

Si desde el alto Empíreo donde habita tu alma inmortal apercibieras, santo bendito, que ante tu altar, los que se hallan reunidos renuncian á su mala vida y adoptan las sábias máximas evangélicas, que fueron la guía de tus acciones, entónces se regocijaria tu corazon: entónces seria cuando el aniversario de tu glorioso tránsito de la tierra al cielo añadiría, si posible fuera, mas felicidad á tu felicidad eterna. Porque en el cielo donde tú moras, en la corte celestial, donde tiene su trono el rey de los reyes de la tierra, y el justo por excelencia, no existe, como en la de los reyes de la tierra, la emulacion de obtener los favores á expensas de los demas. La envidia, que acibara los dias del cortesano adulador, no tiene cabida en las almas grandes y gloriosas como la tuya, que se goza en la felicidad de los demas; y cuya ambicion (si tal frase puede aplicarse al caritativo deseo que las anima) es que todos se acerquen como vosotros los santos del cielo, á la mesa del Señor y obtengan sus beneficios.

En vuestra mano está si queréis glorificar y honrar á san Antonio en el aniversario que se hace del dia de su tránsito al cielo. Nada mas grato hay para él que ver acudir al camino de la salvacion las almas extraviadas de los hombres. El reconocimiento de sus beneficios, la idea de su eficaz proteccion que os trae al rededor del templo donde se le da culto, y puebla

sus alrededores, vale ménos á sus ojos que el arrepentimiento sincero de cualquiera de los concurrentes, alcanzado por medio de la contemplacion y conocimiento de sus virtudes.

El hombre de bien, el labrador sencillo que pensando en su trabajo y en su salvacion acude á los piés de san Antonio, pidiéndole su proteccion, la encuentra; y del mismo modo y con mas agrado le encontrará propicio cualquier cristiano, que prostrado á sus piés le diga: ¡Bienaventurado san Antonio! tú que tuviste fortaleza y virtud para cumplir, no solo los preceptos cristianos, sino que te atreviste á seguir con corazon valiente los consejos de Jesucristo para ser perfecto, distribuyendo tus riquezas, esperanzado solo de vivir con su asistencia, contempla mi miseria. Yo soy un pobre pecador que no he sabido apreciar los dones celestiales, hasta que he visto la influencia que han tenido para hacerte un ejemplo permanente de las mas sublimes virtudes; y deseo y quiero ser bueno: ansío persuadirme eficazmente, como tú lo hiciste, de que este mundo no encierra mas que maldad; y que huir de él, es salvar el mayor escollo que hay para mi salvacion eterna, y para esto necesito tu proteccion.

Si alguno de mis oyentes con estas ó semejantes palabras se dirige á san Antonio, y al hacerlo, sus palabras marchan acordes con su corazon, san Antonio le auxiliará: san Antonio se gozará en ayudarle, rogando á Dios que haga descender su gracia sobre el pecador que se arrepiente; porque san Antonio ama á sus semejantes con caridad cristiana, como lo demostró cuando por serles útil abandonó la vida retirada y contemplativa en que cifraba sus delicias, despues que con ásperas penitencias habia vencido repetidas veces al demonio que le dirigia sus asechanzas.

Persuadidos de esta verdad, conociendo que mudar la voluntad nuestra y convertirnos de perezosos en vigilantes de la venida del Señor es como conseguiremos el bien mas apetecido del hombre, que es la salvacion eterna, ¿no trataremos de seguir el consejo de nuestra conciencia.

Así lo espero, así lo deseo por honor de san Antonio, por el bien vuestro, por el de la humanidad interesada en que se reformen las costumbres, cesen los crímenes y se verifique el reinado de paz y fraternidad, que Cristo vino á establecer en el mundo á costa de su propia sangre. De este modo alcanzaréis la vida eterna que os deseo. Amen.